

EL ECO URUGUAYO

PERIODICO POLITICO, LITERARIO, CRITICO Y NOTICIOSO.

DIRECTOR:—D. HERACLIO C. FAJARDO.

Imagen del Redentor

I. N. R. I.

Su frente circunda
Corona de espinas,
La sangre colora
Su nitida sien;

Dos clavos horadán sus manos divinas
Que al mundo trajeron el gérmen del bien.
Sus brazos tirantes, turjentes las venas,

Su pecho lanceado
Por fiero Sayon:
Purgando está el Justo
Las culpas ajenas
En crueles torturas
De horrible pasión.
Los hombres le escupen
Le befan, le humillan,
Mutilan su cuerpo,
Le azotan despues;
Las iras provocan
Del Dios que mancillan
Clavándole ¡infames!
A un leño los piés.

¡Qué ejemplo de humildad, Dios del altura!
¡Qué ingrato proceder el de tu hechura!

HERACLIO C. FAJARDO

El autor de esta composicion se propuso principalmente colocar en el correspondiente sitio de la cruz, las palabras que equivalen ó espresan las diversas partes que menciona del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso le dió el título de IMAGEN DEL REDENTOR.

SEMANA SANTA

El luto universal que visten los fieles en estos días en que la Iglesia conmemora la crucifixión del Redentor del Universo, tiene hoy doble objeto en nuestra aliada y cristiana población.

La calamidad pública que la diezma con implacable saña, las víctimas invalorables que han desaparecido de su seno, son otros tantos poderosos motivos para que el duelo general sea en estos días mas completo; para que el fervor religioso de la fiel Montevideo haga méritos acerca de la divina misericordia a fin de aplacar sus iras y levantar el anatema que nos abruma en el flagelo epidémico.

El que supo verter en el Calvario la sangre de sus venas por la redención del género humano, es bastante misericordioso para atender las súplicas de un pueblo que le adora, de un pueblo que a *EL* acude en todas sus solemnes circunstancias con la mas profunda fe, con la compuncion mas verdadera.

Confiemos, pues, en la divina providencia; acudamos con ruegos fervorosos a su supremo tribunal, a su bondad infinita, y esperemos de esta lo que no logran los esfuerzos de la ciencia humana, lo que solo aquella puede darnos:—el cese de la epidemia reinante que enluta nuestro pueblo, que diezma mas y mas la desgraciada familia Oriental, harto diezmada ya por las calamidades políticas que la han perseguido desde su infancia!

Una vez mas, renunciemos a nuestras propias miserables reflexiones sobre la trágica conmemoracion que celebra la Iglesia en estos días; por que nada podríamos decir tan elocuente y oportuno como lo que encierra el bellissimo canto que insertamos a continuación, y cuya lectura escusamos recomendar a nuestros fieles lectores, seguros de que la harán con avidez y nos agradecerán el que se la hayamos proporcionado con preferencia a toda otra.

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ

Allí la homicida turba
Como una sierpe gigante
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable:
¿Y dó está Miriam entonces?
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales;
Mira tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crueles
Que abren los ojos fatales;

—¿Mas dónde está el hijo suyo?

—¡Pobre Madre!

Al fin pareció: mas, cielo!

¡Qué vista tan lamentable!

—¡Sin un harapo siquiera

Sobre sus desnudas carnes!

De cuyas hondas heridas

Brotó á torrentes la sangre!

¡El, tan honesto y tan puro!

—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos

Con ciega furia arrastrándole

De la cumbre maldecida

Al sitio mas culminante,

Espusieronle á la mofa

De aquella turba salyaje.

¡Qué horrendo cuadro a la vista

De una Madre!

Tienden al Justo en seguida

Sobre la cruz infamante,

Lecho de honor que los hombres

De su amor en premio danle:

¡O ingratitud! ó demencia!

¡O ceguedad lamentable!

¿Dónde está entonces MARIA?

—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna

Magdalena y Juan amantes

La arrastran:—sordo murmullo

Tal cual la voz de los mares,

O de borrascas remotas

Al rebramar semejante,

¡Llega tremendo al oído

De la Madre!

De vez en cuando confusas

Elevábanse en los aires

Rechillas y maldiciones,

Risotadas espantables

Y denuestos furibundos

De aquel pueblo de chacales...

¡Y la infelice los oye!

—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo

Reina por breves instantes:

¿Acaso le compadecen?

¿O alguna nueva barbarie

De la feroz muchedumbre

Calma el furor anhelante?

—¡Piedad del tigre no esperes,

¡Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,

Como de golpe que cae

A un tiempo sobre maderas

Y despedazadas carnes,

Oyese un sordo ruido

Allá en la cumbre distante,

Y otro despues, y otro luego:

—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida

Chál la azucena del valle,

Tiembla Miriam convulsiva,

Como si agudos clavasen

En su pecho los sayones

Sus damasquinos puñales.

¡Y vive empero y escucha!

—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,

Jamás valeroso mártir,

En fiero potro estendidos

Sulciron tormentos tales!

¡Y empero de sus dolores

Aún vá el suplicio á aumentarse!

¡Flaca muger, infelice!

—¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce

De maderas y cordages

Se percibe, y lentamente

Se alza la cruz en los aires;

¡Y en ella al Hijo del hombre

Cual vencedor estandarte

Contempla atónito el mundo!

—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto occidente

El desgarrado semblante,

Promete á aquellas regiones

Que por tan largas edades

Aguardan la luz, fecundos

Sus generosos raudales.

¿Y dó está entonces MARIA?

—¡Pobre madre!

Entonce el réprobo pueblo

Alzó con voz formidable

Un prolongado rugido

De feroce triunfo.—¡Salve,

Le gritan, rey poderoso!

Si eres hijo de Dios, ¡baje

Tu poder desde esa altura

Dó ora yace!

Y á su izquierda un foragido

De otra negra cruz colgante,

De su penosa agonía

En los postrimeros vales,

Aun le maldice sanudo;

Y él con palabras amantes

Así esclama: ¡Padre mio

Perdonadles!

Mas el momentáneo asilo

Deja Miriam, y sin ayes

Ni lágrimas, ni sollozos,

Pocos á dolor tan grave;

Hácia el lugar del suplicio

Vá con planta vacilante,

Como el mármol blanca y fria...

—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio

A pocos pasos distantes,

Los furibundos sayones

Tigres sedientos de sangre

La vestidura inconsútil

Por suerte entre si reparten.

Y ella contempla el despojo...

—¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvía

Del horror insoportable,

Hácia el cielo, y la mirada

Del Dios moribundo, cae

Desgarrando una por una

Sus entrañas maternales.

¡Por fin llegada es la hora!

—¡Pobre Madre!

En los anales del mundo

El hora mas memorable.

Vencida en ella es la muerte,

Vencidos los infernales

Espíritus, y aun la suma

Justicia, ¡aquel satisface

Sumo holocausto, inaudito,

De tal sangre!

En tanto, en medio del día

Sanguinolentos celages

Velan el sol: sobre el mundo

Caen las tinieblas palpables:

Las águilas roncós gritos

Lanzan de horror en los aires,

Y ahullan sobre la tierra

Los chacales.

Y del calvario maldito

El lóbrego paisaje

De negro mármol parece

Un catafalco gigante.

Reina el silencio del miedo

En las turbas criminales,

Y de horror tiemblan unidos
Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
Los que á su amor son leales,
Y vuelto á Juan y MARIA
Con voz de amor inefable,
« *Ve en él al hijo que pierdes* »
Dice á Miriam, y al amante
Dicipulo: « *Mira en ella
A tu Madre!* »

Y luego á mirar cumplidos
Los proféticos anales
De las santas Escrituras,
« *Sed tengo* » exclamó:— en vinagre
Bañada una grande esponja,
Dieron el crudo breverage
Al que es manantial de vida
Los infames!

Y gustado ya el veneno.
Con amoroso semblante
Clamó: « *¡Todo está cumplido!* »
Y lanzando un grito grande,
Inclinó la sacra frente
Y espiró.—Trémulos ayes
Pueblan el aire confusos...
—¡Pobre Madre!

En el supremo, vencedor momento,
Cuándo en sus negros templos escucharon
Del sumo Dios el prostrimer acento,
Los ídolos inmundos vacilaron:
Del astro de Moises ya macilento
Los fugaces fulgores se apagaron,
Y el sol del Evangelio generoso
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,
Ejemplo á endurecidos pecadores,
De enviar al bajo mundo altas señales
De sus justos terribles furioses;
Y apenas las tinieblas sepulcrales
Que envolvían al mundo en sus horrores
Comienzan á aclarar, su voz severa
Estremeció la creacion entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
Digna luz á tan horribles maldades,
Sucedió un terremoto turbulento
Que en Asia derribó veinte ciudades (1):
Con insólita furia silba el viento,
Braman con rónca voz las tempestades,

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

Y el velo del santuario, enaltecido
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
Que las marmóreas tumbas revestían,
Se lanzan de sus cárceles abiertas
Los que en el sueño del Señor dormían:
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,
Espanto á los vivientes infundían
Los cadáveres vivos aun fajados,
Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
Que resuenan allá en la negra cumbre,
Se oye la voz de arrepentido llanto
Por sobre la revuelta muchedumbre;
Mientras oculta en los pliegues de su manto,
Imágen del dolor y mansedumbre,
Insensible al tumulto y gritería
Inmóvil y de pié se alza MARIA.

Y la mudable plebe contemplando
En redor los insólitos portentos
« *¡Este era hijo de Dios!* » iba clamando
Como á su hogar volvía á pasos lentos;
Y las mugeres de Sion, llorando
Entre tristes sollozos y lamentos:
« *¡Misera Madre!* » en su aflicción decían,
Y los ecos sus voces repetían.

J. H. Garcia de Quevedo.

LA ADORACION

(FRAGMENTO DE LAMARTINE)

El hombre lleva en sí dos instintos siempre que
piensa en Dios: el misterio y la adoracion.

A la razon humana incumbe ensanchar y aclarar el
misterio; penetrarlo mas cada día, sin disiparlo ja-
más completamente.

La súplica es la necesidad del corazon de expandir
sin cesar la imploracion útil ó inútil, escuchada ó no
escuchada, como un perfume sobre los piés del Señor.
Que este perfume caiga sobre ellos ó sobre la tierra,
nada importa; él cae siempre en tributo de debilidad,
de humildad y de adoracion.

Pero ¿quién sabe si es perdido? ¿quién sabe si la
súplica, esta comunicacion sensible con la invisible
Magestad, no es en efecto la mas grande de las fuer-
zas naturales ó sobrenaturales del hombre? ¿Quién
sabe si la voluntad suprema no ha querido inspirarlo
y exaudirlo por toda una eternidad en los que ruegan,
y hacer asi participar al hombre, por la invocacion, del
mecanismo de sus propios destinos? ¿Quién sabe en
fin si Dios, en su aislamiento eterno para con los sé-
res emanados de él, no ha querido dejar al hombre
este vínculo, como la cadena invisible que suspende

el pensamiento de los mundos hasta su escelsa mora-
da? ¿Quién sabe si en la magestuosa soledad poblada
por él solo, no ha querido que ese vivo murmullo, que
ese coloquio inextinguible con su naturaleza se eleva-
se y descendiese sin cesar, sobre todos los puntos de
lo infinito, de él á todos los seres que él vivifica, que
abrazo y que ama, y de todos estos seres hasta él?...
De cualquier modo, la súplica es el mas sublime de
los privilegios del hombre, puesto que es el que le
permite hablar á Dios. Aunque este fuese sordo á
ella, nosotros le rogáramos todavía; porque si su
grandeza consistiese en no escucharnos, la nuestra
consistiría en rogarle.

(Traduccion de H. C. F.)

LA EPIDEMIA

Dedicada al Sr. Gefe Político de la Capital

Tercera Indirecta.

*Ay! en vano es machacar :
La Policia está sorda!....
Ni el mismo tifus la aborda
Cuando se llega á empacar.*
(DE LA PRIMERA)

Aunque parezcan negro sacrilegio
En juéves santo mis resueltos modos,
Y no haya conseguido privilegio
Para reirme mientras lloran todos;
Y por mucho que diga Juan Joaquin,
En su insípido diario *La Nacion*,
Cuanto pueda inspirarle su majin
A fin que se decrete mi prision:

He de seguir, por Dios, en mi propósito
De indirectas lanzar á lo Tardáguila,
Puesto que es ante-higiénico el depósito
Y en materia de cárceles soy águila.

Dejémos, pues, las cruces á Fajardo
Que de ellas en verdad no necesita,
Y echemos á pasear al otro bardo,
Digno autor de la insigne *Cotorrita*.

—o—
Ay!....la epidemia sigue
Con sus estragos
Llevándose inclemente
Negros y blancos!
Y sigue el miedo
Matando, mas que el tifus,
Blancos y negros!

En todos los paises
Se cuesen habas,
Y existen todo el año
Dolencias varias;

Pero en el nuestro
Hasta un dolor de muelas
Es el flajelo!....

De aquí deduce un topo
Lógicamente,
Que el miedo hace mas victimas
Aun que la fiebre.
Y yo deduzco
Que muchos hoy se mueren
De puro susto.

Y llevando adelante
Las deducciones,
Vendrá por consecuencia,
Pese al demontre,
Que el miedo es hijo
De la falta absoluta
De regocijos.

Y habiendo un funcionario
En la República,
Entre otros cargos gefe
De fiestas públicas,
Que no hace un pito
Por que hayan diversiones
En tal conflicto :

Por conclusion sacamos,
Lógica y clara,
Que el mas activo tifus
Es su cachaza;
Y que la gente
Que se muere de susto
A él se lo debe.

Ahora vamos á cuentas,
Lector amigo,
Para que te persuadas
Que hablo con juicio :
¿Qué es lo que impide
Que al menos la retreta
Nos regocije?....

¿Le cuesta al señor gefe
Tan solo un cobre
Que tengamos retreta
Todas las noches,
A fin que el pánico
La música disipe
Con sus encantos?...

« Pero á él no le compete,
Dirá Barbosa,
Disponer de la música..... »
Sí, D. Juan B...orlas.

Que dé un repaso
A sus atribuciones.
Si lo ha olvidado.

—o—

Pero en vano me canso, en vano sudo
Por demostrar que es claro como el día
Que á la demanda con que ante ella acudo
Debe dar solución la Policía.

¡La Policía!... inespugnable muro!...
¿Qué digo?... sorda, inaccesible tapia!
Tribunal insensible, seco y duro!...
Baluarte de inarmónica prosapia!...

En vano me ilusiono, en vano espero
Todas las noches con el ojo alerta,
Temblando de payor en mi agujero,
O bien chupando el frío de la puerta:

No se mueve en la calle ni una paja,
No se oye mas que al perro y la lechuza,
Y, envuelto en una especie de mortaja,
A algun sereno con linterna y chuja.

Mas nada de retreta, por supuesto!
Que aunque en pedirla yo me desgañito,
Es ya mas que probable manifiesto
Que á nuestro gefe no le importa un pito.

...Y luego que el fantástico sereno
Ha cantado las once, con fragor
Cierro la puerta de la calle, y trueno
Contra ámbos de despecho y de furor.

Ya no son rezos ni plegarias pias
Las que lanzo á la imagen desan Luis;
Son diatribas coléricas, impías,
Que hacen temblar de espanto la Matriz!...

Apago el cirio que encendí bologno;
Cuelgo al santo en el patio por los piés,
A ver si á imitación de san Antonio
Hace así algun milagro por su vez.

¡Inútil esperanza de poeta!
Por que viene otra noche, y otras dos,
Sin ver ni por milagro la retreta,
Sin que lleguen mis súplicas á Dios!...

Entonces, con dos gémenes de cara,
Le retiro á san Luis mi devoción;
Que es como si á Barbosa retirara
El gobierno su ingente protección.

Y encojiéndome de hombros me pregunto
Si no es mas conducente y eficaz
Encargar al demonio del asunto
Que á san Luis, á san Pablo, ó á san Blas.

Y abriéndose repente el pavimento,
Surje una negra aparición en él,

Y con risa sardónica al momento
Me responde el mismísimo Luzbel:

«Es en vano machacar:

La Policía está sorda!...

Ni el mismo tifus la aborda

Cuando se llega á empacar.»

PLACIDO DOUGLAI.

ALEJANDRO DUMAS

Alejandro Dumas padre es un gran cocinero!
El mismo tiene de tal manera el sentimiento de su
superioridad en la ciencia de Carême, que me decía
un día:

«Aun no se me conoce, aun no se sabe de cuanto
soy capaz.... He escrito seiscientos volúmenes, pero
esto no es nada todavía, y día vendrá en que asom-
braré al mundo....»

—¿De qué modo?

—Con la publicación de un libro que medito hace
diez años; de un libro sobre la cocina cosmopolita,
que coronará mis trabajos.

Ultimamente, cuatro ó cinco amigos de Alejandro
Dumas reciben la siguiente carta:

«Venid á comer tal día: La comida será preparada
por mí mismo. Habrán platos inéditos.

Alejandro Dumas.»

La tal comida se componía de un potaje á la *Antony*;
de intermedios (*hors d'œuvre*) á la *Enrique 5º*; de
una empanada á la *Mosquetero*, en la cual habian fai-
sanes, perdices, becafigos, liebre y trufas,—una *olla*
podrida del mas eminente estilo: esta empanada mons-
truo habia costado cuarenta y cinco francos de hechura;
ademas, de un asado á la *Don Juan de Marana*.
Este asado era un simple conejo, pero qué conejo!

Para confeccionarlo es necesario tomar un conejo
cebadado vivo; se le abre el vientre en dos tiempos, es-
to es, en dos movimientos; se le vacía en un segun-
do y se le llena de un picadillo compuesto de toda clase
de ingredientes desconocidos; en seguida se vuelve á
cerrar la piel del conejo, que en caso necesario po-
dria pasar por un conejo embalsamado, y se deja re-
posar el picadillo durante veinte y cuatro horas.

Pasado este tiempo, suspéndese el conejo por las
patas ante un fuego vivo y se le da vueltas sin cesar
hasta que la piel estalla. En ese momento se descose
el vientre del animal, y la piel se desprende por sí
misma de la carne; con lo que se consigue un asado
esquisito como jamas ha existido en la mesa del mas
secundo de nuestros novelistas ni del mas grande
gastrónomo de los tiempos modernos.

Hubo aun en aquella comida la tortilla de rabos de
cangrejo y salsa de tomate; los tallos de Burdeos á la
de Harmental; el pollo frito en aceite á la *Montecristo*,
sin contar los buñuelos á la *Veneciana*, y el perfecto
helado á la *Torre de Nesle*.

Decididamente, Alejandro Dumas es un hombre de
génius.

Al levantarnos de la mesa, Teófilo Gautier me decía:

—Si durante su vida el varon Hope hubiese conoci-
do el talento de Dumas, le habria ofrecido cien mil

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE EL DRAMA

Victor Hugo

Traducidas para el Eco Uruguayo por G. A. F.

(Continuacion.—Véase pág. 151.)

¡Pero, esclamaran los rutineros; grandes génius han
observado las reglas que rechazais! ¡Eh! si, desgracia-
damente! ¿Qué no habrian hecho pues esos admira-
bles hombres, si se les hubiese dejado hacer? Al mé-
nos ellos no han aceptado vuestras cadenas sin com-
batir; ¡es preciso ver cómo Pedro Corneille, hostiga-
do en su *debut* por su maravilla del *Cid*, lucha para
desasirse de Mairét, Claveret, d'Aubignac y Scudéry!
¡Como denuncia á la posteridad las violencias de esos
hombres; que, dice él mismo, se hacen blancos de
Aristóteles. Es preciso ver como se le dice, y cita-
mos textos de ese tiempo; ¡Jóven, es preciso apren-
der antes de enseñar, y á menos de ser un Scaliger
ó un Heinsius, eso no es soportable! Corneille se
subleva y pregunta ¿si es que se le quiere hacer des-
cender mucho mas abajo de Calleret? Aquí Scudé-
ry se indigna de tanto orgullo, y recuerda á este
tres veces grande autor del *Cid*... «Las modestas

francos por año para que fuera su cocinero dos días
de la semana.

¡Y que M. Véron se haya hecho una reputacion eu-
ropea de goloso y de político con la invención de un
manjar tan mediocre como el que él ha bautizado con
el nombre de—*Kramoiski!*!...

Traducción de H. C. F.

SECCION MOSAICA.

Destinada esta seccion de nuestro periódico espe-
cialmente para los hechos locales, y no queriendo
alarmar el espíritu de nuestros lectores con no-
ticias epidémicas, que es todo lo que hoy desgra-
ciadamente puede suministrar Montevideo, hemos su-
primido en los últimos números aquella seccion, que
por otra parte muy poca amenidad ofrecia á nuestros
indulgents abonados.—Creemos por consecuencia que
estos se reputarán mas que indemnizados con algunas
traducciones como las que hoy les ofrecemos y le he-
mos ofrecido en los números anteriores.

—o—

TOROS EN LA UNION.

Al menos esta buena noticia podemos hoy comuni-
car á nuestros lectores, y aun ésta algo *fiambre*, pues-
to que hace ya dos días que la publican los demas pe-
riódicos.—No importa!—Sabed, pues,—y por cierto
que lo tendreis muy presente—que el domingo de pas-
cua tendremos una corrida de toros en la Union, en la
cual se estrenarán un primer espada y tres banderi-
lleros recientemente venidos de Europa con reputa-
cion de buenos ó hábiles.

Es de esperar que ese día todos sacudiremos la
tristeza y la preocupacion de espíritu originadas por
la epidemia, y nos lanzaremos ávidos de distraccion
á la única que hoy nos ofrece la infeliz Montevideo,
ya que hasta de la retreta se nos ha privado, gracias
á la ineficacia y hasta á la mala estrella de nuestras
súplicas y de las indirectas del amigo Douglai!...

Y á fé que en cuanto á la influencia ejercida por
ámbos en el ánimo del Sr. Gefé Político, puede muy
bien aplicársenos el refrán de—*Dios los cria, &*

—o—

Hasta el otro jueves

Los días santos que siguen á la aparición del pre-
sente número, no nos permiten ocuparnos del próxi-
mo, que debia salir el Domingo; por consiguiente
nos despedimos de nuestros abonados hasta el jueves
de la inmediata semana. Escusamos repetir que sus-
pensiones de esta naturaleza no desfraudan en nada
el abonamiento; desde que las mensualidades del *Eco*
son meramente nominales, y que solo se entienden
por la entrega y recibo de ocho números del perió-
dico.

Asi, pues, hasta el jueves de aleluya!

«agrega, prueba bien en sus respuestas que está, tan
lejos de la moderacion como del mérito de ese exe-
lente autor.” *El Joven tan justa y dulcemente censu-
rado* osa resistir; entonces Scudéry vuelve á la car-
ga y llama á su socorro á la academia eminente: «Pro-
nunciad, oh MIS JUECES, un decreto digno de voso-
tros, y que haga saber á toda la Europa que el *Cid*
no es la obra-gefe del mas grande hombre de Fran-
cia, pero si la menos audaz pieza de M. Corneille
mismo. Vosotros lo debeis, por vuestra gloria en
particular y por la de nuestra nacion en general que
está en ello interesada: quiero que los estrangeros
que puedan ver esa bella obra-gefe, ellos que han te-
nido Tassos y Guarinis, crean que nuestros mas
grandes maestros no son aprendices.” Hay en es-
tas pocas líneas instructivas la táctica eterna de la
rutina, envidiosa contra el talento naciente, la que se
continúa aun en nuestros días, y que ha reunido, por
ejemplo, una página tan curiosa á los jóvenes ensayos
de lord Byron. Scudéry nos la da en quinta esencia.
De este modo, las obras precedentes de un hombre
de génius son preferidas siempre á las nuevas, á fin de
probar que deciendo en vez de subir; *Mélite y la Ga-
leria del Palacio* colocadas mas arriba del *Cid*; des-

pues, los nombres de los que han muerto arrojados siempre á la cabeza de los que viven: Corneille apedreado con Tasso y Guarini (¡Guarini!) como mastarde se apedreará á Racine con Corneille, á Voltaire con Racine; como se apedrea hoy á todo lo que se levanta, con Corneille, Racine y Voltaire. La táctica, como se vé, es usada; pero es preciso que sea buena puesto que sirve siempre. Es aquí que es preciso admirar cómo Scudery, el fanfarron de esta comedia trágica, irritado, trata con rigor á Corneille, cómo descubre sin piedad su artillería clásica, cómo «hace ver» al autor del Cid «cuales deben ser los episodios enseñados por Aristóteles en los capítulos décimo y décimo-sexto de su poetica;» cómo fulmina á Corneille con el mismo Aristóteles «en el capítulo undécimo de su Arte Poética, en el cual se vé la condenacion del Cid; con Platon en el libro décimo de su República; con Marcelin, en el libro vigésimo séptimo; se le puede ver; con las tragedias de Niobe y de Jephthé; con el Ajax de Sófocles; con el ejemplo de Eurípides; con Heinsius, en el capítulo sexto, constitucion de la Tragedia, y Scaliger hijo en sus poesias; en fin, con los Canonistas y los Jurisconsultos en el de las nupcias.» Los primeros argumentos se dirijan á la Academia, el último iba al cardenal; después de los pinchonazos, los palos; era preciso un juez para resolver la cuestion; Chapelain decidió; Corneille, pues, se vió condenado: el leon fué embózalado, ó para decir como entónces, la *corneja* (Corneille) fué *desplumada*. He aquí la parte dolorosa de este drama grotesco; es después de haber sido así quebrantado en su primer paso, que este genio, completamente moderno, completamente creado por la edad media y la España, forzado á mentirse á sí mismo y á lanzarse en la antigüedad, nos dió esa Roma castellana, sublime sin contradiccion, pero en donde, excepto quizá en el *Nicomedes*, tan burlado del último siglo por su arrogante é ingenuo aspecto, no se encuentra ni á la Roma verdadera ni al verdadero Corneille.

Racine experimentó los mismos disgustos, sin hacer la misma resistencia; ni su genio ni su carácter poseian la rigidez altiva de Corneille; retrocedió en silencio y abandonó al desden de su tiempo su hechicera elegia de *Ester*, su magnífica epopeya de Atalia. Se debe creer tambien que si él no hubiera sido paralizado por las preocupaciones de su siglo, si hubiese sido tocado con ménos frecuencia por el torpedo clásico, no hubiese dejado de arrojar en su drama á Locusta, entre Narciso y Neron, y sobre todo no hubiese relegado entre bastidores esa admirable escena del banquete donde el discípulo de Séneca envenena á Británico en la copa de la reconciliacion. ¿Pero, puede exigirse del ave que vuela bajo el recipiente pneumático? ¿Qué de bellezas nos cuestan las *gentes de gusto*, desde Scudéry

hasta La Harpe! se compondria una bellissima obra de todo lo que su soplo árido ha secado en germen. Por lo demas, el genio de nuestros grandes poetas ha sabido penetrar á traves de todos esos obstáculos; en vano se les ha querido encerrar con frecuencia entre las dogmas y las reglas; como el gigante hebreo, han llevado consigo sobre la montaña las puertas de su prision.

Se repite, sin embargo, y sin duda se repetirá algun tiempo aun: «¡Seguid las reglas! ¡Imitad los modelos; son las reglas que los han formado!» ¡Un momento! hay en tal caso dos especies de modelos: los que se han hecho después de las reglas, y ántes de estos, aquellos después de los cuales se han hecho las reglas; luego ¿en cual de estas dos categorias debe el genio buscarse un lugar? Aunque sea duro siempre el estar en contacto con los pedantes ¿no es mejor mil veces el darles lecciones que recibirlas de ellos? Y después ¡imitar! ¿el reflejo vale lo que la luz? el satélite que se arrastra incesantemente en el mismo circulo, vale lo que el astro central y generador? Con toda su poesia, Virgilio no es sino la luna de Homero.

Y veamos: ¿á quienes imitan? ¿á los antiguos? acabamos de probar que su teatro no tiene ninguna coincidencia con el nuestro. Por otra parte, Voltaire, no quiere nada de Shakspeare, ni ménos de los griegos: va á decirnos por qué: «Los Griegos han aventurado espectáculos no ménos escandalosos que los nuestros. Hipólito, quebrado por su caída, viene á contar sus heridas y á dar gritos dolorosos; Filocteto cae en sus accesos de sufrimiento: una sangre negra fluye de su llaga; Edipo, cubierto de la sangre que gotea aun de sus ojos que acababa de quitarse, se queja de las diosas y de los hombres; se oyen los gritos de Clitemnestra á quien degüella su propio hijo, y Electro esclama sobre el teatro: Herid, no la perdoneis; ella no perdonó á nuestro padre. Prometeo está clavado sobre una roca con hierros que le atraviesan el estómago y los brazos; las Furias responden á la sombra sangrienta de Clitemnestra, con alaridos sin ninguna articulacion. El arte, en tiempo de Esquiles, estaba en su infancia, como en Londres en tiempo de Shakspeare.» Los modernos... ¡Ah! ¡imitar imitaciones! ¡Gracia!...

!!!SE VA!!!

¡Albricias!—Hemos oido la opinion de varios de nuestros facultativos y se nos ha asegurado que la epidemia va marcando un curso de decrecencia rapidísimo, y que en tres ó cuatro dias habrá desaparecido completamente.—Los últimos muy raros casos que han habido, presentan una benignidad lisonjerisima.—Segun uno de esos facultativos, en el estado en que se halla hoy la epidemia *la cura es la regla general, la muerte la escepcion*.

¡Albricias, Montevideo! Probablemente tendrás unas verdaderas pascuas en las próximas.